



MARÍA EN EL MAGISTERIO DE JUAN PABLO II

DOMENICO BERTETTO

Este es el tema que tengo el honor de presentar en esta célebre Universidad, por invitación del ilustre Decano de la Facultad de Teología, al cual expreso mi amistad y gratitud, como también a todos los presentes.

Como ambientación del tema, debo decir que el actual Papa es «todo de María», *totus tuus*, como se define él mismo en el lema episcopal y papal. El sentido de este lema es, sobre todo, de plena confianza en la Santísima Virgen, y de total y pleno servicio a Ella, para llegar a Jesucristo único Salvador.

En sus nueve años de pontificado, el Papa ha sido fiel a este programa y se ha revelado desde el inicio como un papa mariano, pero sin maximalismos indebidos, ya que para él María es siempre camino hacia Jesucristo, modelo de la Iglesia y de la vida cristiana, digna de un culto singular, pero que lleva al culto de Jesucristo y de la Santísima Trinidad.

Su doctrina mariana es eco y desarrollo del magisterio mariano del Concilio Vaticano II; se inserta en la perenne tradición de la Iglesia y se funda en el libre plan divino en orden a María, revelado en la Sagrada Escritura. Él mismo lo afirma en la Encíclica *Redemptor Hominis*: «María es Madre de la Iglesia, ya que en virtud de la inefable elección del Eterno Padre y bajo la particular acción del Espíritu de amor, Ella ha dado la vida humana al Hijo de Dios, por el cual y desde el cual son todas las cosas y de quien el Pueblo de Dios asume la gracia y la dignidad de la elección»¹.

1. JUAN PABLO II, Enc. *Redemptor Hominis*, 4-III-1979, n. 22.

El Papa es el supremo Pastor y Maestro de la Iglesia; por eso, todo progreso mariológico supone, sobre todo, el efectivo conocimiento de su magisterio mariano, que es guía segura, por mandato divino a toda la Iglesia, para profesar su fe y devoción hacia la Madre de Dios. Por eso, insertándome gustosamente en un surco ya familiar², he querido recoger, presentar y sintetizar el riquísimo magisterio mariano de Juan Pablo II, en la vertiente del moderno desarrollo mariológico postconciliar.

Desde el 16 de octubre de 1978, casi cada día está señalizado por una intervención mariana del Papa. Muchos días los recursos marianos son varios y adornan cada discurso, cuando no son el tema principal.

Es pues, el mismo *Pastor supremo* de la Iglesia, quien nos presenta a la Virgen hoy, como Madre de Jesucristo y Madre de la Iglesia, maternalmente presente y activa en toda la vida y apostolado de la Iglesia, como insustituible componente, por la providencial voluntad del Padre, que nos ha dado al Salvador y Fundador de la Iglesia por medio de María, indisolublemente asociada al Hijo en toda su Historia de Salvación.

I. VISIÓN ANALÍTICA DEL MAGISTERIO MARIANO DE JUAN PABLO II

El magisterio mariano de Juan Pablo II aparece, sobre todo, en las audiencias públicas, en los discursos antes del *Angelus* y del *Regina Coeli*, en las diversas festividades litúrgicas marianas, en las peregrinaciones o viajes apostólicos, en las visitas a santuarios marianos o en documentos escritos que tienen su punto culminante en la encíclica *Redemptoris Mater* del 25 de marzo de 1987.

Ofrezco a continuación el *iter* mariano de Juan Pablo II en los nueve años de su luminoso y dinámico pontificado, con una breve visión analítica de su magisterio mariano, que será la base de la síntesis doctrinal.

2. Cfr. D. BERTETTO, *Maria nell'insegnamento di Pio XI*, en «Salesianum» 20 (1958) 586-647; ID., *Discorsi di Pio XI*, Torino 1959-1962, tres volúmenes; nueva edición fotostática en Città del Vaticano 1986; ID., *Il Magistero mariano di Pio XII*, Roma ² 1959, 1050 pp.; ID., *Maria Madre di Gesù e Madre nostra nel Magistero di Papa Giovanni XXIII*, en «Salesianum» 25 (1963) 519-579; *Acta Mariana Joannis XXIII*, Zürich 1964, 541 pp. (vienen editados todos los textos marianos del Papa Juan XXIII, en la lengua original, según el orden cronológico, con abundantes índices para facilitar la consulta); ID., *La Madonna nella parola di Paolo VI*, Roma 1980, 575 pp.; cfr. también D. BERTETTO, *Maria «la fulgida stella» del Pontificato di Giovanni Paolo II*, en *Mater Ecclesiae*, Roma 1979, pp. 130-139.

En el primer año de pontificado, desde el 16 de octubre de 1978, día de la elección, al 21 de octubre de 1979, víspera del primer aniversario del inicio público de su servicio papal, los discursos marianos de Juan Pablo II son 288³.

De ellos se sacan, sobre todo, preciosas confidencias que él hace a sus hijos espirituales sobre el itinerario mariano de su vida antes del pontificado: el sentido de su lema *totus tuus*, que se remonta a la ordenación episcopal, su fuerte devoción mariana, que radica en el rosario, en las peregrinaciones marianas, en el fervor mariano de su patria polaca, en su familia y en su comunidad parroquial de Wadowice, donde fue bautizado bajo la mirada de la Madre del Perpetuo Socorro, venerada en la Iglesia parroquial.

Son luminosos destellos que nos permiten intuir algo de las riquezas marianas, escondidas en el alma del Papa y lentamente acumuladas durante toda la vida. Todo lo que él nos ha dicho es suficiente para darnos cuenta del irradiar continuo de piedad mariana de su persona como Vicario de Cristo, para bien de todos sus hijos, a los que él llama confidencialmente «queridísimos hermanos y hermanas».

En el segundo año de pontificado, los documentos marianos son 284, desde el 22 de octubre de 1979 al 21 de octubre de 1980, entre ellos más de 30 discursos y homilias de contenido enteramente mariano. Es otra pequeña *summa* de Mariología, en la que se desarrollan principalmente los temas de la relación de María con Cristo, de María con la Iglesia y de María en el culto y en la devoción de la Iglesia⁴.

La característica del segundo año de magisterio mariano es, sobre todo, la novedad del contenido. El Papa no se repite, sea porque cambian las circunstancias de sus enseñanzas marianas, sobre todo a causa de sus frecuentes viajes, que le permiten ver y presentar a María inserta en nuevas iglesias locales y honrada por nuevas formas de piedad popular; sea porque, aunque se repitan las circunstancias, como en las distintas solemnidades del año litúrgico, el Papa procura darnos nuevos desarrollos de los mismos temas marianos.

También en este segundo año las ocasiones más frecuentes para ha-

3. La serie cronológica con la cita de la fuente, viene reproducida en mi volumen: *María nel Magistero di Giovanni Paolo II, Primo anno di Pontificato*, Roma 1980, pp. 11-42.

4. Cfr. D. BERTETTO, *María nel Magistero di Giovanni Paolo II, Secondo anno di Pontificato* (22 octubre 1979-21 octubre 1980), Roma 1981, 200 pp.

blar de María, además de los breves discursos antes del *Angelus* y del *Regina Coeli*, y los acontecimientos litúrgicos marianos que se suceden, son los grandes viajes apostólicos que ponen al Papa en contacto con los santuarios marianos y la piedad popular mariana de las varias iglesias locales, que él visita.

En el tercer año de pontificado (22 octubre 1980 - 21 octubre 1981) los textos marianos son 300, ocasionados por las circunstancias ya indicadas y durante el viaje apostólico a Alemania Federal, durante el viaje apostólico a Filipinas y a Japón, y por desgracia seriamente condicionado, pero no reducido al silencio por el atentado del 13 de mayo de 1981⁵.

El cuarto año de pontificado (22 octubre 1981 - 21 octubre 1982) es rico por los 382 textos marianos, ligados a las festividades litúrgicas marianas, a las audiencias, al viaje apostólico a África central, a la peregrinación a Fátima y Portugal, al viaje apostólico a Inglaterra, a Argentina y a Ginebra⁶.

En el quinto año de pontificado (22 de octubre 1982 - 21 octubre 1983) encontramos más de 348 textos marianos, ligados a los viajes apostólicos a España, a Centro América, Belice y Haití, a Polonia, a Lourdes, a Austria, a las circunstancias marianas y a las distintas audiencias⁷.

En el sexto año de pontificado (22 octubre 1983 - 21 octubre 1984) el Papa nos ofrece 221 textos marianos, canalizados sobre todo en torno al Año Santo de la Redención⁸.

El séptimo, octavo y noveno año de pontificado (22 octubre 1984 - 21 octubre 1987) nos presentan 561 textos marianos, recogidos en un solo volumen, en el cual María continúa siendo presentada en toda ocasión propicia, enriqueciendo la mariología papal con nuevos desarrollos siempre hasta la Encíclica *Redemptoris Mater* y a los documentos ricos y abundantes del Año mariano, anunciado el 1 de enero de 1987 e iniciado en la Solemnidad de Pentecostés, el 7 de junio de 1987⁹.

5. Cfr. D. BERTETTO, *Maria nel Magistero di Giovanni Paolo II. Terzo anno di Pontificato*, Roma 1982, 328 pp.

6. Cfr. D. BERTETTO, *Maria nel Magistero di Giovanni Paolo II. Quarto anno di Pontificato*, Roma 1983, 328 pp.

7. Cfr. D. BERTETTO, *Maria nel Magistero di Giovanni Paolo II. Quinto anno di Pontificato*, Roma 1984, 384 pp.

8. Cfr. D. BERTETTO, *Maria nel Magistero di Giovanni Paolo II. Sesto anno di Pontificato*, LAS-Roma 1985, 248 pp.

9. Cfr. D. BERTETTO, *Maria nel Magistero di Giovanni Paolo II. Settimo, Ottavo e Nono anno di Pontificato*, Roma (en imprenta).

II. SÍNTEISIS DOCTRINAL DEL MAGISTERIO MARIANO DE JUAN PABLO II

Corresponde ahora la grata tarea de recoger y ordenar en síntesis el pensamiento, que nos da una preciosa suma de doctrina mariana, clara y oportuna. Ordeno la síntesis según las líneas directivas de la doctrina mariana del Vaticano II, a las cuales se atiende el Papa: María en el misterio de Cristo, María en el misterio de la Iglesia y el culto de María en la Iglesia.

A) MARÍA EN EL MISTERIO DE CRISTO

En conexión con la doctrina conciliar, el Papa afirma ante todo la asociación universal, integral y totalmente participativa y dependiente de María con Cristo en la obra de la salvación humana, o sea, para reparar el pecado y merecer la dignidad de hijos adoptivos y herederos de Dios. Es la doctrina de María mediadora con Cristo en la obra de salvación.

Es bien sabido que antes del Vaticano II no era admitido por todos los mariólogos la activa asociación universal de María en la obra de salvación. Para algunos (por ejemplo el P. Enrico Lennerz, mi profesor en la Universidad Gregoriana de Roma), María como la nueva Eva era asociada a Jesús, nuevo Adán para la salvación humana, sólo hasta Belén, con la maternidad divina con la cual nos dio al Salvador. Después de Belén el Redentor y Mediador es sólo Jesús; María o tiene más eficacia redentora; su asociación a los misterios terrenos de la vida de Cristo, sobre todo al pie de la cruz, no tiene valor salvífico universal, es sólo la aportación personal que cada redimido debe dar por la propia salvación.

El Vaticano II, en cambio, afirma el valor salvífico universal de toda la asociación de María a la obra del Hijo, no sólo hasta Belén, sino hasta el Calvario y después en la gloria celeste hasta la venida de Cristo Juez¹⁰.

Sin embargo María está *siempre* asociada al Hijo Redentor y Nuevo Adán Salvador: es siempre la nueva Eva asociada a Jesucristo para la *conquista* de la Redención humana con su oración, obediencia y sufrimiento,

10. Cfr. *LG*, nn. 55-62.

durante su vida terrena y por la *aplicación* de la salvación a todos los redimidos, desde su sede gloriosa, a través de su materna intercesión.

1) *María asociada a la obra redentora de Cristo*

Juan Pablo II no sólo está en la línea del Concilio afirmando la universal o perenne asociación de María con Cristo, sino que desarrolla ulteriormente tal doctrina con un magisterio incesante.

De hecho no sólo presenta todas las relaciones de María con Cristo, como Madre Virgen, primera redimida, maestra y discípula, primera glorificada, Reina, sino, sobre todo, como asociada a la obra de salvación, de modo universal y perenne, durante los misterios de la vida terrena y en la gloria celeste.

De hecho el Papa en los discursos de las fiestas litúrgicas anuales de Cristo y de María siempre pone en evidencia la asociación salvadora de María.

Ahí está de hecho María asociada al Hijo en la Anunciación, en la Visitación, como Madre divina y virginal, en Belén, en la presentación de Jesús en el templo, en la vida oculta de Nazaret, en el misterio de Caná, en el Calvario, en la gloriosa y materna intercesión celeste, en el misterio eucarístico, que continúa el misterio de la Encarnación y de la maternidad divina. Y se trata siempre de asociación salvadora de valor universal, no sólo individual. Además se trata también de asociación *integral*, o sea en orden a la total salvación de todos y no sólo en orden a algún don salvífico, por ejemplo a las gracias actuales, que son objeto de las impetraciones, como era entonces sostenido antes del Concilio.

De hecho en la Anunciación, María «nos ha devuelto toda la alegría y la esperanza»¹¹. En la Visitación «Jesús al que María ha concebido por obra del Espíritu Santo, ya comienza a vencer lo que es la raíz del miedo, de la angustia, de la tristeza: el pecado, la más humillante esclavitud del hombre»¹². Con la maternidad, María da a Jesús a todos. María es «Aquella que da la vida» «Aquella que da el hombre al mundo»¹³.

Comentando la presentación de Jesús en el Templo por obra de Ma-

11. Discurso a los trabajadores florentinos, 24-III-1979.

12. Homilía en el Vaticano para la clausura del mes de mayo, 31-V-1979.

13. Homilía de Año Nuevo, 1979.

ría, el Papa exclama: «*Ave*, Tú que llegaste a ser la Madre de nuestra luz a precio del gran sacrificio de tu Hijo, a precio del sacrificio materno de tu corazón»¹⁴.

En cuanto a la vida oculta de Nazaret, el Papa afirma: «A la Sagrada Familia pertenece una parte relevante de aquel divino misterio, cuyo fruto es la redención del mundo»¹⁵. Se trata por consiguiente de una cooperación con toda la obra de redención y salvífica de Jesús en orden a todos los redimidos.

También en Caná, es evidente que María interviene y participa en la misión salvífica de Jesús: y es de hecho su intercesión y mediación eficaz lo que obtiene el milagro. Por eso el Papa invoca: «María no cesa de rezar por vosotros, por toda la juventud polaca, por la juventud de todo el mundo, para que se manifieste en vosotros el signo de una presencia de Cristo en la historia»¹⁶.

Sobre todo en el Calvario, María participa en la pasión del Hijo por la total salvación de todos. El Papa lo afirma con claridad: «Junto a la Cruz de Jesús estaba su Madre (Juan 19, 25). La Virgen, con su dolor de Madre, ha participado de manera particularísima en la pasión de Jesús, cooperando íntimamente a la salvación del género humano»¹⁷.

Por eso María es asociada como mujer, como Madre, no como apóstol, evangelizador, administrador de los sacramentos. Es, sin embargo, una asociación no menos importante, porque de ella depende la misma existencia de Jesús y de sus ministros.

La asociación de María con el Hijo Salvador para *toda* la salvación de *todos* y no sólo por *algún* don salvífico de *alguno*, continúa en la sede celestial, donde María ya gloriosa no puede obedecer y sufrir más; pero ejercita su intercesión materna eficaz. Es lo que Juan Pablo II continuamente enseña, reavivando la confianza en la celestial y materna intercesión de María para la salvación de todos sus hijos, todavía peregrinos. Lo proclama, por ejemplo, solemnemente a los jóvenes: «Una palabra sobre María, Madre de Jesús y Madre de la Iglesia, a cuya protección amorosa Dios mismo ha querido confiaros, a través de su Sí obediente, la suerte de la humanidad entera.

14. Homilía del 2-II-1979.

15. Discurso del *Angelus*, 30-XII-1979.

16. Discurso a los Seminaristas en Jasna Gora, 6-VI-1979.

17. Discurso a los enfermos, después de la Audiencia General, 30-IV-1980.

A Ella el Hijo asigna la tarea materna de implorar por nosotros la salvación, individual y colectiva. Queridos jóvenes, el renacimiento de auténticos valores cristianos en la época presente, como los de la fraternidad, la justicia y la paz son confiados una vez más a la intervención y a la pedagogía materna de María. También para hoy, María es Madre de la divina gracia, es Reina de las Victorias»¹⁸.

De los textos mencionados aparece ya claro esta enseñanza del Papa que recuerda la del Vaticano II: María es asociada a Cristo Mediador en modo universal e integral, o sea siempre y para toda la salvación de todos.

Toda la vida divina, participada mediante la sobrenatural adopción filial, en sus admirables componentes, en su preparación, en su inicio, en su progreso, en su desarrollo, en su final coronación celeste, es fruto de la obra salvadora de Jesús, que se ha asociado María SS y la Iglesia, en el modo indicado en los planes divinos.

Por consiguiente María no sustituye a Cristo, a la Iglesia, a los Sacramentos, a las obras buenas de cada redimido, sino que agrega, según los planes divinos, en simultaneidad con los otros operadores de la salvación, su aporte de fe, de obediencia, de oración, de sufrimiento, durante su vida terrena, como Madre de la Víctima divina, y ahora desde su sede gloriosa ofrece su intercesión materna, que se une a la de Cristo, la de los Ángeles y de los Santos.

Y esto, señala el Vaticano II, no sólo en orden a alguno o alguna categoría de personas, sino en orden a todos los «fieles», a todos los «hermanos de su Hijo todavía peregrinos y puestos en medio de peligros y afanes hasta que no sean conducidos a la patria eterna»¹⁹.

Se trata por lo tanto de nuestros máximos intereses: nuestra salvación sobrenatural y eterna; consiste en la remisión de los pecados y en la *uiotesia*, o sea en la adoptiva filiación divina, que nos hace renacer a una participación de la naturaleza divina (Cfr. 2 Pedro 1, 4), mediante la gracia santificante, las virtudes teologales y cardinales y los dones del Espíritu Santo.

Se nota también, justamente, que Dios no nos da sólo las cosas (*uiotesia*, gracia creada, pan cotidiano), sino que se nos da a Sí mismo. De hecho la *uiotesia*, la gracia, el pan eucarístico, tienen importancia siempre

18. Discurso a la Juventud Salesiana (5-V-1979).

19. LG, n. 62.

porque son el don de Jesucristo, nuestra redención y salvación y la inhabilitación trinitaria, por lo tanto es el don de Dios mismo, la gracia increada.

María, en el modo fijado por Dios para Ella, mediante su asociación terrena y celeste con Jesús Redentor, coopera para conquistar y comunicar a todos los miembros de la familia humana el inestimable don de la redención y salvación sobrenatural, que los hace miembros de la familia divina.

Por lo tanto, no se trata de un solo principio de salvación, formado por Cristo y por María, así como el Padre y el Hijo son un solo principio de la inspiración del Espíritu Santo. Jesús es siempre el único salvador, al cual está asociada, en comunión de caridad, María Santísima, como el prototipo de todos los creyentes.

Ella contribuye también con su intercesión materna para obtenernos todos los dones de orden temporal, material y físico, que son pedidos o que son útiles para nuestra vocación sobrenatural de hijos de Dios, todavía peregrinos hacia la patria celeste.

El concepto pleno de salvación de hecho incluye también aquél de «Desarrollo», porque es salvación completa, no sólo inicial, salvación integral, no sólo del alma, sino también del cuerpo, destinado a la resurrección final.

La Encíclica *Populorum progressio* de Paulo VI define sustancialmente el desarrollo como un crecimiento, un progreso armónico del hombre en las tres dimensiones que lo caracterizan: 1) la dimensión trascendente y espiritual; 2) la dimensión física e intelectual; 3) la dimensión social y económica.

Es toda una vida que se desarrolla, no sólo una serie de ayudas actuales, extrínsecas, externamente unidas. María coopera maternalmente, por voluntad divina, al inicio, al crecimiento de esta vida, hasta su coronación en la vida eterna.

Por ello más que Mediadora de *todas* las gracias, como si se tratase de ayudas actuales extrínsecas, conviene reconocerla como Mediadora de *la Vida*, o sea de Jesucristo, y consiguientemente de la *vida y salvación* para todos sus hijos adoptivos, redimidos por la sangre de su Hijo primogénito.

2) *La mediación de María es participada y dependiente de Cristo*

El Papa, siguiendo la escuela del Concilio, en muchísimas ocasiones, pero sobre todo en la tercera parte de la Encíclica *Redemptoris Mater* ense-

ña también, con un fin ecuménico, que la asociación salvífica de María con Cristo, o sea su mediación, no es coordinada o paralela, sino totalmente participada y dependiente de Cristo, único mediador principal e independiente (Cfr. 1 Tim 2, 5 ss.).

Asociación *coordinada* o *paralela* es la que se da entre las creaturas en vista del mismo efecto. Esta asociación no se puede dar absolutamente entre Dios y las creaturas. Dios es la perfección *infinita* que no admite complementos independientes. Entre Dios y las creaturas sólo puede darse la asociación participada y por tanto totalmente dependiente, que no deroja al Creador, sino que lo exalta y lo glorifica.

Jesucristo Dios y hombre es el único *Sumo Sacerdote* con infinita eficacia salvífica. A Él, por tanto, no se le puede asociar ningún otro sacerdocio distinto y complementario, sino solamente un sacerdocio participado. Efectivamente, Jesús participa su sacerdocio a todos los bautizados y a todos los ordenados, aunque de un modo esencialmente distinto.

Así también, Jesús es el *único maestro*, infinitamente sabio, que posee toda la Verdad revelada; no se puede dar otro magisterio al lado del suyo, que lo complemente, sino sólo magisterio participado: de hecho todos sus seguidores lo deben testimoniar y sus apóstoles deben predicar su mismo mensaje. Similarmente, Jesús es *el único mediador principal e independiente*, de infinita eficacia: no puede existir otro mediador complementario y paralelo. Sin embargo, Jesús comunicando su salvación comunica su caridad, su celo por la salvación de todos y por esto nos da tantos mediadores.

María es la primera que participa de la mediación de Cristo y por tanto glorifica a Jesús mediador, que no solamente nos da salvados que reciben pasivamente, sino salvadores que cooperan con Jesucristo, en modo participado y dependiente, para la propia salvación y para la salvación de todos.

Es lo que también enseña San Pablo diciendo: «Uno sólo es el mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, que se dio a sí mismo como rescate por muchos (o sea por todos)» (1 Tim 2, 5).

Sin embargo, en el mismo contexto, el mismo Pablo habla de la colaboración salvífica de los cristianos con la oración y de su misma colaboración como doctor de los gentiles. Por esto, diciendo que Jesucristo es el «único» Mediador, San Pablo excluye otra mediación paralela y complementaria; diciendo que también los cristianos deben orar y que él mismo es apóstol de los gentiles, afirma la mediación dependiente y participada

de Cristo, que asocia a las creaturas a su obra de salvación, aún pudiendo hacerlo todo Él sólo.

Jesús mismo dice que *sin Él no podemos hacer nada* (Jn 15, 5). No obstante San Pablo agrega que él *completa la pasión de Cristo* (Cfr. Col 1, 24) y que *puede todo en Aquél que es su fuerza* (Cfr. Fil 4, 13); o sea que afirma la mediación dependiente y participada desde Cristo, que es esencial en la vida cristiana, que nos hace *cooperadores* de Cristo (Cfr. 1 Cor 3, 9) y gloria de Cristo (Cfr. 2 Cor 8, 23) único sumo mediador de infinita eficacia.

Ahora bien, cuando se habla de *mediación mariana* y de asociación de María con Cristo, siempre se excluye la mediación *complementaria*, que los protestantes falsamente nos atribuyen y se afirma sólo la mediación participada y dependiente.

Es esto lo que Juan Pablo II se esfuerza en clarificar en diálogo con los protestantes en la tercera parte de la Encíclica *Redemptoris Mater*. Si en efecto María es la sierva y la madre del Señor, debe ejercitar una mediación, que, sin embargo, es «participación a esta única fuente que es la mediación de Cristo» (n. 39), como conviene a su misión de madre del Señor y primera asociada a la misión salvífica de Jesús.

El Papa repite continuamente estos conceptos haciendo entender también que, sobre el ejemplo de María, toda la Iglesia y en modo especial la mujer, participa de la mediación de Cristo.

Es consolador constatar que cuando la mediación de María y la mediación de la Iglesia y de cada mujer es presentada así, como mediación, esto es «en Cristo», o sea participada y dependiente, y no «al lado de Cristo», o sea complementaria o paralela, también los protestantes están de acuerdo con nosotros.

He aquí una elocuente confirmación. Escribe el Pastor luterano Hans Asmussen: «La cuestión es sólo —sea para la madre de Dios, como para los otros cristianos— si se trata de una mediación *en* Cristo o *al lado* de Cristo. Porque ésta es, evidentemente, la diferencia de la cual todo depende. Si nosotros reconocemos una mediación *al lado* de Cristo, entonces el honor de Cristo es realmente ofendido. Pero si reconocemos una mediación de los cristianos *en* Cristo, entonces nosotros con esto decimos que la obra de Cristo no ha permanecido sin fruto...»

«Por tanto, nosotros (protestantes) tenemos un Cristo que es plenamente reconocido como único mediador, pero al cual se niega que su mediación haya portado el fruto de que otros participen de esta mediación y

lleguen a ser sus cooperadores y por esto debemos preguntarnos si nosotros no derogamos sensiblemente su honor. De esto surge la pregunta de si nosotros admitimos que María, la madre del Señor, no solamente lo haya dado a luz como su madre terrena, sino que haya llegado a ser también, en su reino, su discípula, la cual en su seguimiento (secuela) toma parte en su mediación»²⁰.

Como habíamos ya documentado y Juan Pablo II enseña, la doctrina católica acerca de la mediación de María y de los santos no es más que una participación secundaria y dependiente de la mediación de Cristo, el cual permanece siempre como el único Mediador principal; y manifiesta la eficacia de su mediación formándose sus colaboradores, que participen de su sacerdocio y entonces son como los apóstoles, «ministros de Dios» (1 Cor 3, 9) y por tanto «gloria de Cristo» (2 Cor 8, 23).

La mediación participada de María y también de la Iglesia y de cada miembro de la Iglesia se remonta, entonces, a la misma doctrina revelada. Si María es madre de Cristo y ha sido proclamada, por Cristo moribundo, madre espiritual de todos los redimidos representados en la persona de Juan (Cfr. Jn 19, 25-27), como el Papa repite continuamente, es claro que por voluntad divina le compete en la economía de la salvación una función mediadora participada.

Si todos los miembros de la Iglesia son miembros unidos vitalmente a la vid, o sea a Cristo, para producir frutos de salvación, es claro que también a ellos compete una mediación salvífica participada de la vid que es Cristo (Cfr. Jn 15, 5ss.).

Similarmente, María y todos los miembros de la Iglesia son asociados a Cristo y participan por Él de toda la eficacia salvífica. Entonces Jesús-vid constituye el 100% en la obra de la salvación como causa principal, independiente; María y los fieles constituyen también el 100% pero como causas ministeriales. Con la diferencia de que el sarmiento es instrumento necesario, material; mientras María y los fieles son causas ministeriales, conscientes, libres, meritorias, no necesarias, pero gratuitamente elevadas por Jesucristo, único mediador, al honor de colaboradores en la salvación propia y en la de los demás en total dependencia de Él.

San Pablo traduce la misma verdad con la analogía del cuerpo físico, el cual está compuesto por muchos miembros cofunciones diversas, pero

20. H. ASMUSSEN, *María die Mutter Gottes*, Stuttgart 1951, pp. 50-51.

que actúan siempre en dependencia de la cabeza (cfr 1 Cor. 12). Así, en la Iglesia, tenemos mediaciones participadas diversas que enriquecen el cuerpo y se ejercen para el bien de todo el organismo: la maternidad espiritual por medio de María; la función de gobierno visible universal y particular, ejercitada por el Papa y los Obispos; el cuidado ministerial ejercido por sacerdotes, diáconos, educadores, catequistas; el apostolado familiar ejercido por los esposos; la santificación de las realidades temporales ejercida por los laicos (hombres y mujeres) en sus distintas profesiones; la santificación y la impetración ejercida en modo especial por los enfermos... Funciones mediadoras múltiples y maravillosas, que enriquecen el cuerpo místico de Cristo, pero siempre en esencial dependencia vital de la cabeza Cristo y a gloria de Cristo, sin el cual no podemos hacer nada.

Es la doctrina que el Papa no se cansa de enseñar no sólo hablando de María, sino también de las responsabilidades operativas de los Obispos, de los sacerdotes, de los religiosos, de los jóvenes y de los laicos, en numerosos discursos²¹.

B) MARÍA EN EL MISTERIO DE LA IGLESIA

La mediación participada de María tiene como objeto la Iglesia en su más completa acepción.

La Iglesia, en efecto, prolonga en modo visible la obra salvífica de Jesucristo. Durante su vida terrena visible, Jesús ha cumplido la redención humana a través de los misterios de su carne, o sea de la vida humana, instrumento de su persona divina, con la asociación eficaz de María.

Desde su sede celeste y desde la Santísima Eucaristía, Jesús aplica por medio de la Iglesia, depositaria de la Palabra de Dios y de los medios de la salvación —sacramentos y sacrificio eucarístico—, esta misma salvación sobrenatural a todos los redimidos.

También en esta obra, María, por libre voluntad de Dios, es asociada a Cristo y a la Iglesia. Es la doctrina propuesta por el Vaticano II en la tercera parte de la Constitución *Lumen Gentium* n. 60-65, y en el Proemio n. 53.

21. Cfr. en los volúmenes citados más arriba, los discursos a los Obispos en las visitas *ad Limina*, discursos a los sacerdotes, a los religiosos, a los jóvenes en los viajes apostólicos, discursos a los laicos, especialmente durante la preparación del Sínodo sobre los laicos de 1987.

Este importante tema encuentra también en el magisterio de Juan Pablo II un amplio desarrollo que pasamos a comentar a continuación.

1) *La perenne relación de eficiencia terrena y celeste entre María y la Iglesia*

Si María participa de la mediación salvífica de Jesús, participa también de la mediación eclesial de Jesús puesto que, comunicando su salvación, o sea su vida, Jesús da existencia y forma a la Iglesia que es la comunión de vida sobrenatural, como los padres comunicando la vida forman la familia.

Juan Pablo II documenta ampliamente la relación de eficiencia de María en orden a la Iglesia: o sea, María Santísima ha contribuido y contribuye, con su asociación terrena y celeste con Cristo, a dar existencia, vida y desarrollo, dinamismo sobrenatural a la Iglesia universal y local y a todos sus componentes esenciales. Ella es, pues, Madre, Auxiliadora y Patrona de la Iglesia. La documentación doctrinal e histórica de esta enseñanza basilar del Papa, nos lleva a numerosos discursos suyos, homilías y escritos.

Sobre la relación de eficacia entre María y la Iglesia *durante* la vida terrena de María, me limito a alguna muestra significativa. En el discurso del *Angelus* de la fiesta de los Santos Pedro y Pablo, el 29 de junio de 1980, el Papa afirmó que la Iglesia está fundada sobre la profesión de fe de Pedro, que confesó a Jesucristo como Hijo de Dios, así se puede decir fundada sobre el *sí* de María en la Anunciación, con el cual el Hijo de Dios viviente se ha hecho hombre en su seno virginal. Basta pensar que con su *sí*, María ha dado a la Iglesia su Fundador y Cabeza.

Juan Pablo II presenta también su clara enseñanza sobre la eficacia eclesial terrena de la maternidad divina de María en la histórica homilía de Efeso, el 30 de noviembre de 1979, en la escuela de la tradición patristica.

Luego de haber mostrado el asentimiento consciente y libre de María a la maternidad divina anunciada por el Ángel, el Papa agregó: «Pronunciando su *fiat*, María no se hace solamente Madre del Cristo histórico: su gesto la pone como Madre del Cristo total, ‘Madre de la Iglesia’. ‘Desde el momento del *fiat* —observa San Anselmo—, María comenzó a llevarnos a todos en su seno’; por esto, ‘la natividad de la Cabeza es tam-

bién la natividad del Cuerpo', sentencia San León Magno; San Efrén, tiene, por su parte, una expresión muy bella a este respecto: María, dice él, es 'la tierra en la cual ha sido sembrada la Iglesia'.

«En efecto, en el momento en que la Virgen es hecha Madre del Verbo encarnado, la Iglesia se encuentra constituida en modo oculto, pero germinalmente perfecto, en su esencia de Cuerpo místico: están presentes, de hecho, el Redentor y la primera de los redimidos. De ahora en adelante, la incorporación a Cristo implicará una relación filial no sólo con el Padre celestial, sino también con María, la Madre terrena del Hijo de Dios».

Luego del *fiat* de María, tenemos ya la Iglesia, Cabeza y Cuerpo. La Cabeza es el Verbo encarnado ya presente en el seno de María; y el Cuerpo está todo concentrado en María, la primera creyente, vitalmente inserta en Cristo Cabeza mediante la fe.

En Belén, María da a la Iglesia su Fundador. En Caná, con su intercesión, obtiene el milagro que hace creyentes a los cinco primeros discípulos, o sea miembros de la Iglesia sociedad de los creyentes (cfr. Jn 2, 11). Sobre el Calvario coopera con Jesús a la conquista de la Iglesia (cfr. Hch 20, 28). En Pentecostés merece, con su oración (cfr. Hch 1, 14) la venida del Espíritu Santo, alma de la Iglesia. María, por tanto, contribuye a la existencia de la Iglesia.

Es fácil darse cuenta de la importancia de esta enseñanza.

Juan Pablo II, sobre todo en sus viajes apostólicos, afirma y enseña, también, la riquísima *intervención maternal de María desde su sede celestial*, mediante su intercesión eficaz, en favor de la Iglesia universal, de las Iglesias locales, de la jerarquía de la Iglesia, de los fieles, de los varios intereses y tareas salvíficas de la Iglesia.

Es este un argumentos riquísimo en la enseñanza del Papa. Basten dos muestras. En la homilía en la Catedral católica del Espíritu Santo en Estambul, el 29 de noviembre de 1979, el Papa afirmó: «Dios sólo conoce los tiempos y los momentos. Por parte nuestra velamos y oramos, en la esperanza, con la Virgen María, la Madre de Dios, que no cesa de velar sobre la Iglesia de su Hijo, así como ha velado sobre los Apóstoles. Amén». En el discurso a los jóvenes durante la vigilia en el Parc des Princes (París), el 11 de junio de 1980, el Papa hizo esta significativa afirmación, de la cual se extrae la eficacia maternal de la oración de María en orden a la Iglesia: «... así como es verdad que la Iglesia en su jerarquía es dirigida por los sucesores de los Apóstoles, es todavía más verdadero que,

en sentido carismático, las mujeres la guían como los hombres, todavía más. Os invito a pensar a menudo en María, Madre de Cristo».

Viene luego, abundantísima, la documentación de este patrocinio de María sobre la Iglesia extendida en todo el mundo. Es éste el tema más tratado por el Papa, que así desarrolla y garantiza el sentido del título de «María Madre de la Iglesia».

He aquí las afirmaciones repetidamente hechas y desarrolladas por el Papa ya en el primer año de pontificado: con su intercesión celestial, María es Madre de la Iglesia Misionera; es Madre y Auxilio de los obispos de la Iglesia; es Madre y Auxilio de los sacerdotes; es Madre y Auxilio de los religiosos; es suscitadora de nuevas vocaciones en la Iglesia; es Madre y Auxilio de las Iglesias locales, parroquiales y domésticas; es Madre y Consuelo de los enfermos; es Madre y Auxilio de México y de América Latina, de Hungría, de la comunidad cristiana de Dromore, de Polonia «semper fidelis», de Irlanda, de los Estados Unidos, de los eslovenos, de Portugal²².

En el segundo año de pontificado, agrega que María es inspiradora de la santidad de la Iglesia, favorece el testimonio del martirio en la Iglesia y la relación de la Iglesia con los pueblos de Oriente; sostiene y conforta a los obispos, a los sacerdotes y a los seminaristas; consuela a los afligidos, etc.²³.

2) *Relación de pertenencia de María a la Iglesia*

De todos los documentos marianos del Papa se desprende que María es también parte componente de la Iglesia, su miembro excelentísimo después de Cristo Cabeza, siendo la Madre de Cristo en sentido físico y la Madre de los cristianos, en sentido espiritual, es por eso «Madre y Reina de la Iglesia»; Ella pertenece a la Iglesia y es de la Iglesia, así como la madre está en la familia.

Acerca de la pertenencia de María a la Iglesia, Juan Pablo II no ofre-

22. Para las citas, remito a mi volumen: *María nel Magisterio di Giovanni Paolo II, Primo anno di Pontificato*, Roma 1980.

23. Para las citas, remito a mi volumen: *María nel Magistero di Giovanni Paolo II, Secondo anno di Pontificato*, Roma 1981.

ce enseñanzas explícitas, pero la supone continuamente. De hecho, los títulos más frecuentes que da a María son aquéllos de Madre de Cristo, de Madre de la Iglesia. María, por tanto, pertenece a la Iglesia como Madre de la Cabeza de la Iglesia y como Madre del Cuerpo, o sea de todos los fieles.

3) *Relación de ejemplaridad de María en orden a la Iglesia*

Un aspecto doctrinal, tratado ya ampliamente por el Concilio Vaticano II, es la relación de ejemplaridad y de modelo, o tipo excelente y figura que María desempeña en orden a la Iglesia, por lo cual ésta, mirando a María e imitándola, puede ser siempre más aquello que debe ser, o sea Cuerpo místico de Cristo, mediadora para todas las gentes.

Es un aspecto doctrinal con importantes exigencias pastorales, ya que fundamenta el deber de la imitación de María, elemento esencial de la devoción mariana de la Iglesia.

El Papa lo trata repetida y ampliamente. Ya en el primer año de magisterio, presenta a María como modelo de la Iglesia, en fidelidad a la misión, en la peregrinación de la fe, en la conformación con Cristo; como modelo perfecto de mujer religiosa, de vida misionera y de oración.

En el segundo año de magisterio, presenta a María como modelo de vida cristiana, de escucha y de contemplación, de los seminaristas, de vida retirada, de vida consagrada²⁴.

También en los otros años de magisterio, este argumento es ampliamente desarrollado hasta convertirse en el argumento principal de la Encíclica *Redemptoris Mater*, en la cual el Papa describe ampliamente el itinerario de fe de María presentándola como modelo de la Iglesia.

4) *Relación de finalidad entre María y la Iglesia*

Existen, además, relaciones de finalidad entre María y la Iglesia, ya que María durante su vida terrena participó de los tesoros con los que

24. Para la documentación, cfr. los volúmenes citados en las dos notas precedentes.

Jesús había enriquecido a la Iglesia, como la Santísima Eucaristía, en la que María participaba con la primera comunidad (cfr. Hch 2, 42).

Respecto a María Asumpta al Cielo, la Iglesia tiene también relaciones de finalidad, mediante el culto y la devoción mariana, que ella cultiva como consta claramente en el magisterio de Juan Pablo II, sobre el culto de María en la Iglesia.

Para realizar estas cuatro relaciones con la Iglesia: eficiencia, ejemplaridad, pertenencia y finalidad, María no está sola, sino que participa de las mismas relaciones de Jesús con la Iglesia.

En sus relaciones eclesiales, María no está ni siquiera aislada de nosotros, sino que nos ayuda y estimula a vivir las relaciones eclesiales.

También, cada miembro de la Iglesia, de hecho, tiene: relación de eficiencia con la Iglesia, debiendo extenderla con su apostolado; relación de ejemplaridad de la Iglesia, debiendo aumentar la belleza y la santidad y no desfigurarla con una conducta no cristiana; relación de pertenencia a la Iglesia, de la cual es miembro; y relación de finalidad respecto a la Iglesia, que existe para la salvación de todos sus hijos.

En el misterio de la Iglesia, María tiene su debido puesto, como Madre, Patrona, Modelo y Reina, según los inefables planes divinos, que la unen a la misión eclesial de Jesús y a nuestra misión eclesial. Por lo tanto, no debe causar maravilla que también María participe, a su manera y según los planes divinos, de la eficiencia sobre la Iglesia, que sobre todo compete a Cristo y de manera subordinada también a nosotros.

No se puede por lo tanto sostener la posición de los así llamados *Eclesiotipistas*, los cuales no quieren reconocer superioridad alguna de María respecto a la Iglesia y por lo tanto, niegan las relaciones de eficiencia de María en orden a la Iglesia y no aceptan el título de María, Madre de la Iglesia. María es sólo Modelo de la Iglesia, no Madre.

Es mérito del Vaticano II haber realizado la síntesis de la corriente *eclesiotípica*, que consideraba a María sólo desde la parte de la Iglesia, en relación de pura pasividad respecto a Cristo (incluso su presencia a los pies de la cruz sería sólo la aportación que cada redimido debe para la propia salvación) y la corriente *crisotípica*, que consideraba a María sólo desde la parte de Cristo en función activa respecto a la Iglesia²⁵.

25. Cfr. D. BERTETTO, *La Madonna oggi. Sintesi mariana attuale*, Roma 1975, pp. 18 ss.

María es anterior a la Iglesia y ha colaborado con Cristo en la misma fundación de la Iglesia, donando al Fundador y Cabeza y asociándose a las finalidades eclesiales de los misterios de Cristo, desde la Encarnación a Pentecostés. Pero María pertenece también a la Iglesia, recibe todo de Cristo y es solidaria con la misión salvífica de la Iglesia, en su posición única que le compete como a Madre de Cristo y de la Iglesia. Es la línea doctrinal claramente seguida por Juan Pablo II.

C) EL CULTO Y LA DEVOCIÓN A MARÍA EN LA IGLESIA

También este tema, de tanta importancia pastoral, está siempre pre-sagradas e insertas en la comunidad de la Alianza (cfr. Gen 5, 2) la fe del na devoción mariana según los planes divinos y el magisterio de la Iglesia.

Me es grato sintetizar su rico magisterio, que ya en el primer año de pontificado ha trazado un completo programa de devoción mariana.

1) *Ejemplos, componentes y prerrogativas de devoción mariana*

Se nota, sobre todo, que el Papa tiene cuidado, en cada ocasión, de presentar a los fieles y a los jóvenes, sus predilectos, unos ejemplos y guías seguras en la práctica de la devoción mariana, para exhortar a la imitación, fiel al principio: *verba movent*, las palabras mueven, *exempla trahunt*, los ejemplos arrastran. Es fácil documentarlo, según el orden cronológico de los documentos.

En el primer año de magisterio fueron propuestos los ejemplos de devoción mariana del difunto cardenal Trin-nku-khue, arzobispo de Hanoi, de San Leonardo Murialdo, del P. Agustín Gemelli OFM, del pueblo mejicano, —aprobando las características de su piedad popular mariana—, de Pablo VI, de los nuevos Beatos P. Laval y el P. Coll, de San Felipe de Neri, etc. En el segundo año de magisterio fueron presentados otros modelos de devoción mariana²⁶.

El simple elenco, a pesar de su riqueza numérica, no presenta la riqueza de la doctrina histórica, devocional y pastoral para insertar la devoción mariana en el contexto de las varias culturas y de las varias naciones

26. Para la documentación, cfr. los volúmenes citados en las notas 22 y 23.

y comunidades étnicas. Se necesitaría referir todos los textos, pero esto no es posible en una breve síntesis, que debe remitir a los siete volúmenes citados, que recogen toda la documentación mariana de los primeros nueve años de pontificado.

Como en el Concilio Vaticano II, también en el magisterio mariano de Juan Pablo II encontramos cuatro componentes de la devoción mariana: veneración, amor, oración, imitación.

A María, enseña el Papa, son debidas veneración, porque es Madre de Jesús y nuestra; amor, porque es madre amante; oración, porque es mediadora poderosa; imitación, porque es espejo de grandes virtudes.

Según sus enseñanzas, la devoción a María debe ser completa e integral, o sea, no debe consistir sólo en oración, sino a la vez, en veneración, amor e imitación. De esta manera, Ella conduce a Cristo.

2) *La verdadera devoción «auténtica y vivida» hacia la Madre de Dios*

a) El Papa no se cansa en inculcar la verdadera y fructuosa devoción mariana. Así, en el discurso a la Asociación Internacional de las Hijas de María (23 de enero de 1980) el Papa exhortó: «...también yo deseo expresar mi alegría por vuestra presencia, pero sobre todo, por el celo interior que anima vuestra Asociación, cuyos miembros se empeñan en una particular y filial devoción a la Virgen, y por lo tanto, en una fervorosa vida cristiana, animada por la constante meditación de la Palabra de Dios, por la continua oración, por la operosa y solícita caridad hacia los hermanos y hermanas necesitados».

b) La devoción mariana es devoción de todos, especialmente de los jóvenes. El 19 de abril de 1980, el Papa Juan Pablo II afirmó, hablando a varias peregrinaciones: «No puedo dejar de exhortaros a una siempre más auténtica y vivida devoción mariana. ¿En qué consiste y cómo se explica en la realidad de cada día? Hemos hablado del peligro que proviene a la vida cristiana del pluralismo ideológico; pero existe otro peligro igualmente insidioso e insinuante para vuestra adhesión a Cristo: el bienestar, que conduce a la mentalidad del consumismo y juntamente a la autonomía de lo que signifique ley moral.»

«María Santísima, que es Madre de Cristo y madre de nuestra vida espiritual, quiere imprimir en nosotros la certeza efectiva que nuestra verdadera riqueza está en la vida de gracia, comunicada a cada uno de nosotros con el Bautismo, la cual orienta nuestras más profundas aspiraciones

existenciales hacia las realidades supremas. Por lo tanto, aún inmersos en tantos y válidos intereses de la actividad económica, de la cual vuestro contexto social es empeñado, no olvidéis, sino cultivad la riqueza interior de vuestra pertenencia a Cristo».

c) La devoción mariana lleva a la SS. Trinidad y a vivir la vida de la Iglesia. El 4 de mayo de 1980, en el discurso para ofrecer la imagen de Nuestra Señora de Czestochowa a una parroquia de Kinshasa, en África, Juan Pablo II hizo estas oportunas observaciones: «Una devoción mariana bien comprendida debe dirigir a los cristianos hacia el conocimiento siempre más profundo del misterio trinitario, bajo el ejemplo de María. Ella se ha abandonado a la voluntad amorosa del Padre, en el *Fiat* de la Anunciación. Ella ha creído en el Espíritu que cumplía la estupenda obra de una maternidad divina en su seno. Ella ha contemplado al Verbo de Dios que vivía la condición humana para salvar a la humanidad. María de Nazaret es la primera creyente de la Nueva Alianza en hacer la experiencia del Dios Uno en Tres Personas, fuente de toda vida, de toda luz, de todo amor. Nosotros le suplicamos que guíe a aquéllos y aquéllas que han sido bautizados en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, en el descubrimiento del verdadero rostro de Dios...».

«...Y con María, vosotros amaréis la Iglesia...La imagen de María estará, por lo tanto, en vuestra iglesia, en el centro de vuestra parroquia. Vosotros vendréis frecuentemente a saludarle, a venerarle. Vosotros vendréis a confiar a esta Madre vuestras intenciones. Vosotros le rezaréis por vuestras familias: que Ella sea, como las mujeres de este pueblo, la custodia de vuestros hogares. Vosotros le rezaréis por las necesidades de vuestros hermanos y hermanas, por las necesidades de toda la Iglesia. Vosotros vendréis a obtener la fuerza de participar activamente en las tareas numerosas de la Iglesia, en vuestra parroquia, en la diócesis. Vosotros le rezaréis también por mí, ya que el Señor me ha confiado el encargo de Pastor de toda la Iglesia. Vosotros amaréis la oración sencilla y fecunda del Rosario. Y yo os puedo asegurar que también rezaré por vosotros, especialmente en mi rezo diario del Rosario».

El Papa quiere que sea cultivada la devoción al Corazón Inmaculado de María; en el discurso a los seminaristas de Kumasi (África), el 19 de mayo de 1980, el Papa afirmó: «Manteneos unidos a nuestra Santa María y a su Inmaculado Corazón. Cuando María dijo *sí* al Ángel, el misterio de la Redención se concretizó bajo su Corazón. Este puro Corazón de María sirvió de inspiración para muchos misioneros, que traen la palabra

de Dios a los africanos. Para la Iglesia de hoy este Corazón de María continúa expresando el misterio de la Madre en la Redención»²⁷.

3) *Las prácticas de la devoción mariana*

Según las ocasiones, el Papa no cesa de sugerir y aprobar determinadas prácticas de devoción mariana. Es fácil documentarlo indicando de qué prácticas se trata:

a) *Las peregrinaciones marianas*. El Papa las entiende en dos sentidos: la peregrinación de la imagen misma de la Virgen que va a encontrar a sus hijos, y las peregrinaciones de sus hijos que van a encontrar a su Madre en algún santuario mariano.

b) El Papa alaba también las *imágenes marianas*.

c) Aprueba y practica la *consagración y abandono en María*, también bajo forma de acto de total disponibilidad a la Madre de Dios. En la histórica homilía del 4 de junio de 1979 en el santuario mariano de Jasna Gòra, en Polonia, el Papa afirmó: «De frente a la Virgen de Czestochowa fue pronunciada la consagración de Polonia al Corazón Inmaculado de María, el 8 de septiembre de mil novecientos cuarenta y seis. Diez años después, fueron renovados, en Jasna Gòra, los votos del rey Jan Kazimierz, en el trescientos aniversario de cuando él, después de un período de 'diluvio' (invasión de los suizos en el siglo XVIII), proclamó a la Madre de Dios, Reina del Reino Polaco...»

«...En aquellas circunstancias inició la gran novena de 9 años, en preparación al Milenio del Bautismo de Polonia. Y finalmente, el mismo año del Milenio, el 3 de mayo de mil novecientos sesenta y seis, aquí, en este lugar, fue pronunciado por el primado de Polonia el acto de total abandono en la Madre de Dios, para la libertad de la Iglesia en Polonia y en todo el mundo. Este acto histórico fue pronunciado aquí, delante de Pablo VI, ausente en su cuerpo, pero presente en espíritu, como testimonio de aquella fe viva y fuerte, que espera y exige nuestro tiempo. El acto habla del 'abandono' y esconde en sí una semejanza con las parábolas del Evangelio, según las cuales, es necesario perder la propia vida para encontrarla. El amor, de hecho, constituye el cumplimiento de la libertad, pero,

27. Cfr. JUAN PABLO II, Encíclica *Redemptor hominis*, n. 22.

al mismo tiempo el pertenecer, es decir, el no ser libres, forma parte de su esencia...»

«...Pero este no ser libres, en el amor, no viene entendido como una esclavitud, sino como una afirmación de la libertad y como su cumplimiento. El acto de consagración en la esclavitud indica, por lo tanto, una singular dependencia y una confianza sin límites. En este sentido, la esclavitud, (la no libertad), expresa la plenitud de la libertad, de la misma manera que el Evangelio habla de la necesidad de perder la vida para encontrarla en su plenitud».

Aprueba e inculca también los *Congresos marianos*, el *mes mariano*, el *Angelus* y el *Rosario*, el *Año Mariano*, las *representaciones dramáticas marianas*, etc...²⁸.

4) *El acto de abandono en María*

Dada la especial importancia que en el magisterio y en la pastoral mariana del Papa tiene esta realidad, me parece conveniente alguna clarificación sobre la *consagración* y *abandono* (*entrega*, *affidamento*), que es una práctica muy frecuente del Papa, desde aquella universal del 25 de marzo de 1984, a todas aquellas ocasiones particulares, como aparece en la documentación citada. Resume por lo tanto, el riquísimo magisterio doctrinal y pastoral de Juan Pablo II sobre tal tema.

El «acto de abandono en María», que atraviesa toda la historia de la Iglesia, es tomado, justamente, como la expresión más alta y comprometida de la devoción mariana, para orientar toda la vida hacia la santidad²⁹.

a) *En qué consiste la consagración y abandono o entrega*

Para entender el sentido de la consagración o abandono en María, debemos, sobre todo, ponernos de acuerdo sobre el sentido de las palabras, según las enseñanzas de Juan Pablo II y del desarrollo actual de su pensamiento.

28. Para la documentación completa, remito a los 7 volúmenes citados.

29. Para la profundización histórica, teológica y bíblica de la «entrega», remito a los estudios recogidos en D. BERTETTO (ed.), *L'affidamento a Maria, Atti dell'Accademia Mariana Salesiana*, XIX, Roma 1984, 148 pp.

Existe una *doble* consagración. Una que viene de lo alto, de Dios, el cual comunica su vida y su santidad y por lo tanto, nos consagra a Él, nos hace suyos, propiedad suya. La otra consagración parte desde abajo, desde la criatura, que reconociendo su pertenencia a Dios, se consagra a Él, se confía a Él para servirlo y glorificarlo.

Hoy se suele reservar la palabra «consagración» para expresar la consagración que viene de Dios, que propiamente es el que consagra. Para la consagración que viene de la criatura, se reserva la palabra «*entrega*». Pero no se trata de un entregarse a Dios sólo *pasivamente*, en el sentido de abandono fatal, sino con un empeño de vivir de manera coherente a la consagración recibida de Dios.

Sea la consagración de Dios, sea la entrega a Dios, exigen la acción concorde del Creador con la criatura. Esta acción se actúa, sea en el plano descendente (si la criatura no acoge la acción divina, no queda consagrada), sea también en el plano ascendente (si Dios no da su ayuda, no existe nuestra entrega a Dios, siendo un acto sobrenatural). Ya en el plano natural, Dios no crea el alma, si no existe la cooperación humana de los padres; y no existe glorificación de Dios, por parte de la criatura contingente, si no se da la aportación divina.

b) *Consagración de Dios y entrega a Dios*

Ya en la historia del pueblo de Israel encontramos la actuación de una consagración por Dios y de una entrega a Dios. A causa de la Alianza establecida por Dios con su pueblo, con la mediación de Moisés en el Sinaí (cfr. Ex 19, 24), Israel se convierte en un pueblo consagrado por el Señor Santo, o sea, separado, trascendente, completamente otro, pero que, no obstante, su santidad está immanente y presente en su pueblo (cfr. Ex 19, 5-6) y lo empeña en su servicio, de manera que sea un pueblo santo, que implica la separación de las otras naciones idólatras, la glorificación de Dios, la expiación de los pecados mediante ritos y sacrificios, la obediencia a la voluntad divina, expresada en su ley (cfr. Dt 7, 6-9). *La consagración por parte de Dios, comporta la entrega a Dios.*

El pueblo de Israel, de hecho, acepta la Alianza y sus condiciones (cfr. Ex 19, 8), sanciona la comunión con Dios con el sacrificio (cfr. Ex 24); y Dios está presente en su pueblo santo, en el Arca de la Alianza y en la Tienda de la Reunión (cfr. Ex 25, 10-22). La Alianza viene después *renovada* en solemnes circunstancias, en las cuales el pueblo afirma su pertenencia a Dios y su voluntad de fidelidad (cfr. Gen 24, 24; 2 Re 23, 3; Neh

Como expresión de la sacralidad del pueblo y de su pertenencia a Dios, existen también el rito de la circuncisión y los varios sacrificios cruentos e incruentos, con los cuales las personas son hechas santas, consagradas e insertas en la comunidad de la Alianza (cfr. Gen 5, 2) la fe del Mediador Moisés (cfr. Ex 19, 9), las bendiciones divinas que premian la fidelidad (cfr. Ex 23, 30-31). Se puede decir que la consagración *por Dios* y la entrega *a Dios* constituyen la religiosidad de la Antigua Alianza.

La consagración *por Dios* y la entrega *a Dios* encuentran su máxima actuación en *Jesucristo*. Él es el elegido, el consagrado: la Persona divina del Verbo, uniéndose en unidad personal a la naturaleza humana, la consagra sustancialmente, por lo cual, Jesucristo, como hombre, es constituido Sumo Sacerdote de la Nueva Alianza, con la plenitud de los poderes de santificación, de evangelización y de gobierno, exigidos por su misión salvífica universal (cfr. Lc 4, 18-19).

Y toda la vida humana de Jesús es consagrada, o sea, confiada a la voluntad del Padre y a la misión recibida del Padre, en virtud del Espíritu Santo, desde el «He aquí, yo vengo para hacer tu voluntad» (cfr. Heb 10, 5 ss) de la Encarnación, hasta el «todo está cumplido» (cfr. Jn 19, 30) desde lo alto de la cruz antes de morir. He aquí la obra trinitaria de la salvación.

Veamos ahora la inserción de María en esta obra salvífica, por voluntad de la Santísima Trinidad. También *María Santísima* realiza de manera propia y exclusiva la consagración por Dios y la entrega a Dios. Ella, en efecto, es consagrada por Dios mismo en la santificación de su Inmaculada Concepción, que la preserva del pecado original y la hace llena de gracia y de Espíritu Santo (cfr. Lc 1, 28-35) en orden a su misión de Madre del Verbo Encarnado, asociada a Él en la obra salvífica del Hijo Salvador. Por eso, Ella se confía activamente a Dios como sierva (cfr. Lc 1, 38) en orden a todo el cumplimiento de la Palabra divina (cfr. LG, 56).

Y María es arquetipo, o sea, modelo sublime de la Iglesia consagrada. En efecto, la consagración por Dios y la entrega a Dios continúan en la Iglesia, hasta cada uno de nosotros.

Dios mismo consagra activamente a *los cristianos* y los hace santos, o sea, santificados: «Habéis sido lavados, habéis sido santificados, habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesucristo y en el Espíritu de nuestro Dios» (1 Cor 6, 11).

En razón de esta consagración teológica de lo alto, el cristiano se convierte en propiedad de la Santísima Trinidad, señalado por el Espíritu

Santo y debe transformar la propia vida en un don total a Dios, a Él agradable. «Consideraos... vivos para Dios, en Cristo Jesús... ofreceos vosotros mismos a Dios» (Rom 5, 11-13). En lugar de sacrificios materiales de la Antigua Alianza, el cristiano hace a Dios ofrenda de su vida, o sea, se abandona a Él, se entrega a Él en la fidelidad a las exigencias de su consagración bautismal. Por eso, San Pablo escribe: «Os exhorto, hermanos, por la misericordia de Dios, a ofrecer vuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios; éste es vuestro culto espiritual» (Rom 12, 1).

Jesucristo es la causa meritoria y el modelo de la consagración objetiva de los fieles, que son hijos por gracia en el Hijo (cfr. Ef 1, 5-6), participando en la filiación divina de Jesucristo, y, por lo tanto, convirtiéndose en sus siervos, hermanos y coherederos en el amor (cfr. Rom 1, 1; Gal 1, 10; Fil 1, 1) y deben vivir su pertenencia al Hijo con la confianza en Él y el don de toda su vida (cfr. 2 Cor 5, 15).

La consagración del cristiano *por Dios* encuentra su actuación sobre todo en el Bautismo, en la Confirmación, en el Orden y también en la Profesión religiosa, de manera peculiar (cfr. LG, 44).

Pero cada sacramento, cada participación en el sacrificio eucarístico, cada obra buena, es a la vez consagración *por Dios*, que nos santifica y diviniza siempre más, y entrega nuestra *a Dios*, o sea, empeño nuestro de fidelidad a Dios y a nuestra Alianza con Él, ejercitando nuestro sacerdocio bautismal y también jerárquico, para gloria del Padre y para extender su Reino.

Sobre todo, en el sacrificio eucarístico, consagrando el pan y el vino en su Cuerpo y en su Sangre, Jesús consagra toda la familia humana y la ofrece al Padre consigo mismo, Sacerdote y Víctima principal, y nos lleva a ofrecernos con Él al Padre y a vivir para el Padre, y a confiarnos al Padre, en el Espíritu, por sus méritos infinitos.

Toda la vida cristiana es, por lo tanto, sustancialmente consagración creciente por parte de Dios y entrega creciente a Dios hasta la santidad, hasta la vida eterna. La consagración por parte de Dios y la entrega a Dios, resumen toda la vida y la espiritualidad de la Iglesia en toda su existencia indefectible. La consagración, toda consagración por tanto, viene de Dios: es sólo Él el que nos purifica, nos consagra, nos santifica y nos diviniza, haciéndonos sus hijos e hijas y sus herederos.

La consagración, por nuestra parte, se refiere *a Dios*: a Él nos entregamos, a Él nos consagramos para vivir como hijos de Dios, evitando el mal y cumpliendo el bien con la ayuda de Dios, viviendo *para Dios*, que

es el único que tiene derecho del homenaje de nuestra vida, pues Él nos la ha dado.

c) *Sentido y motivos de la entrega a María*

Si la consagración viene de Dios y la entrega se hace a Dios, ¿qué sentido tiene la entrega a María? En cuanto a la entrega a María, ¿qué nos dice la Palabra de Dios transmitida por el magisterio de la Iglesia?

Tenemos tres hechos, tres acontecimientos salvíficos muy importantes y significativos.

1º.- Jesús *nos viene de María*, nace de María; podría haber venido del cielo, ya hecho hombre; sin embargo, nace de María. Jesús la reconoce como Madre y *a Ella se confía como Madre, sea durante los años de su infancia*, cuando quiere, como todo niño, depender de la madre en todo (no era necesario; como Dios, podía eximirse de los condicionantes de la infancia); *sea durante la vida escondida en Nazaret*, en la cual Jesús *se confía* a María y también a San José, a los cuales obedece (cfr. Lc 2, 51); *sea durante su vida pública*, al comienzo en Caná, durante su predicación, en el Calvario. Jesús ha querido tener necesidad de una madre, ha querido ser acompañado por una madre, como María, desde Belén hasta el Calvario.

Jesús es el Hijo que se confía a la Madre. No la rechaza jamás; anticipa la hora de los milagros para acoger su invitación, en Caná; reconoce su valor moral, cuando la exalta por haber creído —la primera— en la Palabra de Dios y haber adquirido una relación con Él, no sólo de sangre sino de fe.

Y éste es el sentido de los conocidos textos: «Todo el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ese es mi hermano, mi hermana y mi madre» (Mt 12, 50); «Feliz el vientre que te ha llevado y el seno que te ha criado. Pero Él dijo: Felices, *precisamente (menoûn)* los que escuchan la Palabra de Dios y la cumplen» (Lc 11, 27-28). Jesús no quiere rechazar a la Madre, sino indicar la primera razón de su grandeza: su obediencia a la Palabra que es la razón de su maternidad, como documenta el mismo Lucas refiriéndose al *sí* de María al anuncio del Ángel (cfr. Lc 1, 38) y su rapidez en acoger la Palabra divina y meditarla en su corazón (cfr. Lc 2, 19-51).

2º.- El segundo acontecimiento salvífico: *Jesús ha asociado a María* como colaboradora, nueva Eva, totalmente dependiente de Él, en toda su obra salvífica, por la cual nos vienen todos los dones de la salvación, tam-

bién los sacramentos y, por lo tanto, también nuestra consagración por parte *de Dios*, que nos viene sobre todo de los sacramentos, y el deber de nuestra entrega *a Dios*, al servicio divino, que nace sobre todo de los sacramentos. Es el magisterio solemne del Vaticano II, de Pablo VI y de Juan Pablo II.

Por libre voluntad del Padre, María está asociada a Jesús en la obra de la salvación, de manera universal, (o sea, siempre), de manera total o integral (o sea, en orden a todas las gracias de la salvación para todos), y de manera totalmente dependiente (o sea, no de manera complementaria, paralela, sino como los sarmientos de la vid, como los miembros, de la cabeza).

Basta pensar en María al pie de la Cruz, que consiente, viviendo su *fiat*, a la agonía y a la muerte del Hijo, haciendo suyas las intenciones salvíficas del Hijo y ofreciendo la Víctima por Ella concebida, como nos enseña el Vaticano II (cfr. *LG*, 58).

María asistió y se unió al sacrificio redentor del Hijo para hacernos merecedores *con* Jesús de la gracia del Bautismo, con todas las otras gracias que nos consagran por parte de Dios y nos llevan a la salvación.

Por lo tanto María *no nos consagra*, siendo Ella criatura; sólo Dios nos consagra, nos santifica, nos diviniza. Pero María *ha cooperado* durante su vida terrena con la oración, con la obediencia y su dolor para *hacernos merecedores* de la consagración cristiana, y también sacerdotal y religiosa, que nos viene sólo de Dios.

Y María *ahora* desde el cielo, con su intercesión materna, *coopera* para obtenernos las gracias de la vida cristiana, sacerdotal, religiosa, que nos consagran y divinizan por parte de Dios y nos ayuda a vivir nuestra entrega a Dios, que nace de nuestra consagración por parte de Dios.

3º- Existe también un tercer acontecimiento: Jesús mismo desde lo alto de la cruz *confía San Juan a María*, que representaba a todos los redimidos. Es éste el sentido eclesial y ya tradicional de las palabras de Jesús a la Madre: *Mujer, he ahí a tu hijo* (cfr. Jn 19, 25-27): o sea, haz de Madre, te lo confío. Y después a Juan: *He ahí a tu Madre*, o sea, reconócela como Madre, te la confío, te la confío como Madre. Así la Iglesia, por boca sobre todo de Pablo VI y de Juan Pablo II, interpreta estas palabras, revelando el contenido pleno a la luz del Espíritu Santo.

Y Juan recibió a María no sólo en casa, sino entre sus *bienes* de discípulo de Cristo (*eis ta idia*), junto a la gracia de la vida cristiana, a la doctrina de Jesús, al Espíritu Santo.

Por lo tanto, *la primera entrega* de una persona a María la hace Jesús mismo, que se propone confiar a María, en la persona de Juan, toda la Iglesia, toda la familia humana, todos los redimidos por su sangre, sin exceptuar ninguno y, por lo tanto, también cada uno de nosotros.

Por esto, se puede constatar y documentar³⁰ que también la entrega a María es una nota constitutiva de la religiosidad de la Nueva Alianza; es como la síntesis de toda la devoción mariana y por eso, atraviesa en formas variadas, según los tiempos y las culturas, toda la historia de la Iglesia hasta hoy, hasta la entrega de la Iglesia, de toda la familia humana, de Rusia a María, hecha por Pío XII, para secundar los deseos de María misma (expresados a Sor Lucía en las apariciones de Fátima, y en las revelaciones a la Sierva de Dios, Alessandrina Maria da Costa) y renovada por Pablo VI y Juan Pablo II, hasta el solemne acto de entrega y confianza mariana de toda la familia humana el 25 de marzo de 1983. Y María ha aceptado esta entrega, hecha por Jesús, de cada uno de nosotros; ha aceptado ser nuestra Madre y tratarnos como hijos.

No se lo agradeceremos jamás suficientemente. Para sentir este débito de reconocimiento, debemos darnos cuenta de nuestro verdadero estado. Nosotros somos los que hemos crucificado a su Jesús, a causa de nuestros pecados; y María nos ha perdonado y ha aceptado y querido reconocernos como hijos.

María en el Calvario es la primera madre que —con el ejemplo de Jesús— ha perdonado a los que han matado a su Hijo divino y los ha recibido como hijos. Por esto, imitando al Papa y siguiendo sus exhortaciones, nos confiamos a María.

III. CONCLUSIÓN GENERAL

1. Sirva de conclusión un significativo texto en el que el Papa resume con particular eficacia las relaciones de María con Cristo y con la Iglesia, y nuestros compromisos devocionales.

En el discurso del *Angelus* en Castelgandolfo, 17 de agosto de 1980, el Papa decía: «Cuando nos reunimos, como cada Domingo para la ora-

30. Cfr. *L'affidamento a Maria*, cit., pp. 86-100; Enc. *Redemptoris Mater*, n. 45.

ción que recuerda el misterio de la concepción del Verbo Eterno en las entrañas de la Virgen de Nazareth, nuestros pensamientos se vuelven a Cristo y a María, unidos en el Espíritu Santo con la feliz unión de madre e hijo. Adoramos el misterio de la Encarnación del Hijo de Dios, en el que el Eterno Padre ha manifestado al hombre su definitiva vocación y su último destino a participar enteramente en la vida divina (...) Y por esto amamos tanto esta oración, y muy a menudo retornamos a ella».

«Tengamos fija la mirada en Jesús, 'autor y culminador de la fe', como dice de Él el autor de la carta a los Hebreos en la liturgia de hoy (12, 2). Ser cristiano quiere decir: tener la mirada en Jesús como el guía de la fe. Él nos ha iniciado para llevarnos en este camino de la fe, cuando se hizo hombre, y nos conduce por ella con sabiduría y sencillez, siempre viva en la Palabra de su Evangelio entrelazados con el misterio Pascual de su Muerte y Resurrección. Esta admirable guía permanece siempre, vivificando los corazones con la potencia del Espíritu Santo y haciendo de ella una comunidad del único pueblo de Dios que, en toda la tierra, desde oriente hasta occidente, no cesa de aspirar al cumplimiento de los misterios y de las promesas de la fe. ¡He aquí el Cristo de nuestras almas! ¡El Cristo de la Iglesia! ¡El Cristo de la historia de la humanidad!»

«Y ¡he aquí María-Virgen, María-Madre de Cristo, de la cual el Evangelista dice 'que guardaba todas estas cosas en el corazón' (Lc 2, 51) y también todos los sucesos que componían los años de la vida de su Hijo, en particular los del ocultamiento en Nazareth. ¡Ella, testimonio particular del Verbo Encarnado! ¡Ella, que como cada madre, es memoria viva y vivificante de su Hijo! Ella, permanece en la Iglesia y está presente en ella maternalmente, como expresó el último Concilio, y continúa guardando, incesantemente en su corazón, todo lo que vive la Iglesia, Cuerpo Místico de su Hijo y que, en Ella, vive toda la familia humana y, al mismo tiempo, cada hombre, redimido por Cristo.»

«Por eso, cuando nos reunimos para recitar el *Angelus*, reclamamos ante Ella todas estas cosas que reaparecen por nosotros, en la memoria de su corazón materno. Todos los problemas de los hombres, de la humanidad, de los pueblos, especialmente aquéllos más dolorosos. Y al mismo tiempo, no cesamos de rogarle para que Cristo, que nos guía y perfecciona en la fe, se encuentre constantemente, por medio de todos estos problemas, en todos los caminos en los que los hombres, la familia humana, se halle hacia el cumplimiento de sus destinos, que han tenido comienzo en el amor del Padre.»

El *iter* mariano que Juan Pablo II nos traza incansablemente es claro

y seguro. Recorriéndolo tras él tenemos la certeza de vivir plenamente la vida cristiana y eclesial.

A la luz de tantos documentos e importantes doctrinas, se puede dar ahora *una visión de conjunto*, que indique las características del magisterio de Juan Pablo II. Me parece que se puede afirmar que, en su riquísimo magisterio mariano, sabe muy bien unir y armonizar *lo antiguo*, siempre válido, *con lo nuevo*, exigido por las nuevas situaciones y ocasiones en las que se explica su magisterio en orden a las nuevas condiciones religiosas y socio-culturales de los fieles.

La fidelidad a *lo antiguo*, para Juan Pablo II, consiste en presentar adecuadamente el sentido de los dogmas marianos ya definidos por el magisterio de la Iglesia y la enseñanza mariana del Concilio Vaticano II y de Pablo VI, especialmente en la Exhortación *Marialis Cultus*. Prueba de su fidelidad al sentido de los dogmas marianos, es la declaración de la Congregación para la Doctrina de la fe, sobre algunas cuestiones referentes a la Escatología, día 17 de mayo de 1979, en el n. 6: «La Iglesia, en su enseñanza sobre la suerte del hombre tras su muerte excluye toda explicación que cortara lo que tienen de único la Asunción de María, es decir, el hecho de que la glorificación corpórea de la Virgen es la anticipación de la glorificación reservada a todos los demás elegidos»³¹.

Son prueba de la premura con que el Papa quiere que sean respetadas las sanas tradiciones, sus palabras dirigidas al Capítulo General de los Hermanos Menores en la audiencia del 22 de junio de 1979: «La Santa Madre de Dios os guarde y os proteja. Ella, de hecho, en vuestra tradición teológica ha tenido siempre un puesto singular, con especial atención a lo que se refiere al misterio de su Inmaculada Concepción. Por esto Ella, de hecho, ha realizado el modelo humano perfectísimo de la Iglesia, que Cristo, su fundador, ha querido 'sin mancha ni arruga, pero santa, inmaculada'. Imitad a María, que estuvo continuamente sujeta a la Voluntad de Dios. Escuchadla y Ella os aconsejará en relación con su Hijo: Cualquier cosa que os diga, hacedla»³².

Lo nuevo para Juan Pablo II consiste, ante todo, en hacer descender la luz y el auxilio de María sobre los que escuchan y recogen su palabra, sobre todo, los jóvenes con un magisterio verdaderamente planetario. Y, además, sus numerosas peregrinaciones a los diversos santuarios marianos

31. AAS 71-2 (1979) 941.

32. Texto en *L'Osservatore romano*, 22-VI-1979, n. 141, p. 3, col. 1.

nacionales e internacionales de Italia, España, Polonia, Méjico, Irlanda, Estados Unidos, África, Francia, Brasil, Alemania, Filipinas, etc..., le han ofrecido la ocasión de presentar conmovedoramente, históricas homilías sobre María como Madre y Maestra de las diversas Iglesias locales en su constitución y en su desarrollo, resaltando la relación eficaz de María sobre la Iglesia mediante su intercesión celestial y la presencia espiritual de María en el contexto de la piedad popular local. Este punto de doctrina no era aún pacífico en el mismo Vaticano II, que evitó el título de «Madre de la Iglesia», sobre todo por la oposición existente entre las dos corrientes Cristotípica y Eclesiotípica³³.

El Concilio tuvo el mérito de unificar las dos tendencias, presentando a María Santísima en el misterio de Cristo y de la Iglesia. María de hecho está ante todo con Cristo precede a la Iglesia a la que da el Fundador: Cabeza; pero está también con la Iglesia, por que María recibe también todo de Cristo, siendo la primera redimida por Cristo. Por amor a la concordia, en la redacción del capítulo octavo de la Constitución *Lumen Gentium*, se evitaron las expresiones que podrían herir las susceptibilidades de los Eclesiotipistas y no se hizo uso del título «Madre de la Iglesia», que sin embargo, fue proclamado por Pablo VI en la conclusión de la tercera sesión, el 21 de noviembre de 1964³⁴. Juan Pablo II continúa claramente el surco de Pablo VI y documenta ulteriormente, en cada ocasión, el influjo materno de María sobre la Iglesia en toda la realización de su misión salvífica. Es éste el tema más nuevo y el tratado con mayor riqueza por el Papa.

En cuanto a la práctica de la devoción mariana, Juan Pablo II hace objeto de su magisterio todos los desarrollos devocionales marianos conciliares y postconciliares, con singular predilección por los jóvenes; subraya sobre todo la confianza (el abandono) en María como compromiso de una devoción auténtica y vital.

Y ahora, después de haber sintetizado el contenido, podemos describir la «cara» de la Encíclica *Redemptoris Mater*, es decir, revelar sus características, que la distinguen de todas las Encíclicas marianas que la han precedido.

33. Cfr. D. POZO, *María en la obra de la salvación*, Madrid 1974, pp. 20 ss.

34. Cfr. D. BERTETTO, *La Madonna oggi. Sintesi mariana attuale*, Roma 1975, pp. 18 ss; ID., *Efficiencia materna di María sulla Chiesa el magisterio del Concilio Vaticano II*, en «*Il Salvatore e la Vergine Madre*», Roma, pp. 395-405.

La Encíclica mariana de Juan Pablo II se conecta con la Mariología conciliar y postconciliar con notables referencias:

1. Principalmente por su tema central: *La peregrinación de la fe* en María, continuada en la Iglesia. Ningún otro documento del magisterio hasta ahora había tratado tan ampliamente el tema en unidad total con la Sagrada Escritura.

2. Es también nueva, en un documento del magisterio la *tensión ecuménica* que está presente en toda la Encíclica. Ante todo por el *método* con continuas referencias a la Sagrada Escritura y a los antiguos testimonios cristianos.

También el objeto es directamente ecuménico. El Papa establece un diálogo con los hermanos protestantes de Occidente (n. 30) y, sobre todo, con los hermanos Ortodoxos de Oriente (n. 31-33), destacando los puntos de encuentro y constatando que María, más que ser causa de divergencia, puede ser punto de encuentro y de convergencia y Madre de la Unidad, que, a través de la peregrinación de la fe, nos reúne en la fe plena, que Ella ha profesado y que es continuada en la Iglesia Católica.

3. También la doctrina de *la mediación mariana* rechazada por los protestantes, viene propuesta de nuevo en clave bíblica, según como sucede en la Sagrada Escritura, no en clave apriorística o impositiva (autoritaria).

La mediación mariana es indisoluble de la maternidad divina, de su oficio de sierva del Señor, de su plenitud de gracia y obediencia en la fe, expresada en su *sí* a la Palabra divina que la asocia a la misión salvífica de Jesucristo. Es por lo tanto, mediación *en* Cristo, no *junto a* Cristo; es de hecho, subordinada a la mediación de Cristo y participada.

Precede a la mediación de la Iglesia y está en favor de la Iglesia misma, en su constitución, en su desarrollo y en su misión salvífica eclesial.

Tal mediación, no sólo considerada en relación *vertical*, en relación con Dios, sino sobre todo en perspectiva *antropológica, horizontal*: María es mediadora y madre de todos, para la salvación de todos: es prototipo de la mujer, que encuentra en Ella la realización más perfecta de la femineidad.

Esta relectura ecuménica de la mediación de María, se introduce debidamente en los desarrollos mariológicos conciliares y postconciliares y potencia en ellos la eficacia ecuménica de entendimiento y convergencia.

4. Se puede decir que la Encíclica mariana de Juan Pablo II refleja toda su formación mariana del ambiente propicio de su país de origen,



de la escuela de sus maestros preferidos, especialmente San Luis Grignon de Montfort, y de su dócil adhesión al magisterio mariano de sus predecesores y del Vaticano II.

5. Por cuanto se refiere a los lectores atentos y dóciles de la Encíclica, se puede afirmar con razón, que Jesús en este pródigo encuentro con María, destacado por el Año Mariano (del que la Encíclica es la *Carta programática*), repite a María por cada uno de nosotros: —Mujer, ahí tienes a tu hijo, ahí tienes a tu hija—. Y María acepta este oficio materno individual y colectivo.

Pero Jesús repite también, a cada uno de nosotros: —Ahí tienes a tu madre—. Sólo nos falta actuar como San Juan: Acoger a María en Casa, entre los mayores bienes de nuestra vida cristiana. Meter a María en nuestra casa, en nuestra oración, en nuestro trabajo, en las alegrías y en las penas, en la vida y en la muerte. De este modo nuestra vida será mariana, o sea, cristiana, santa y fructuosa, como la quiere y nos augura Juan Pablo II, que, con el entusiasmo y el fervor mariano que va suscitando por todas partes, nos permite prever un esperanzado (consolador) desarrollo de las doctrinas y devociones en su ministerio mariano, sobre el cual ciertamente vigila con mirada propicia la dulcísima Madre de Jesús y Madre de la Iglesia.

D. Bertetto
Pontificio Ateneo Salesiano
ROMA